

Historia del Opus Dei

José Luis
González Gullón
& John F. Coverdale

RIALP

SUMARIO

INTRODUCCIÓN	13
PRECEDENTES.....	23
La llamada.....	25
Sacerdote y jurista.....	30
I. FUNDACIÓN Y PRIMEROS AÑOS (1928-1939).....	35
1. La fundación de la Obra	38
El hecho fundacional originario.....	39
Desarrollo inicial.....	41
Nuevas luces y primeros seguidores	46
2. La academia y residencia DYA	54
El inicio de la obra de san Rafael	56
La residencia DYA	62
3. La Guerra Civil española	71
La España republicana	71
La zona sublevada	77
II. APROBACIONES Y EXPANSIÓN INICIAL (1939-1950).....	83
4. La difusión entre varones.....	89
De Madrid a las capitales de provincia universitarias.....	91
El Opus Dei, pía unión	97
En el ámbito universitario y científico.....	102
Conflictos intraeclesiales	106

5.	El desarrollo con mujeres	112
	Al “tercer intento”	112
	La Administración.....	116
6.	La Sociedad Sacerdotal y la propagación europea	122
	Sacerdotes del Opus Dei.....	123
	Consolidación en capitales de provincia españolas	129
	El establecimiento del fundador en Roma	138
	La Europa occidental	142
7.	Las aprobaciones pontificias	148
	Un instituto “enteramente” secular.....	149
	Gobierno y organización	153
	Multiplicidad de socios.....	159
	Novedades y dificultades	162
III.	EN LOS CINCO CONTINENTES (1950-1962)	171
8.	Organización del Opus Dei.....	173
	La Obra como familia.....	173
	La Administración de los centros.....	178
	La “batalla de la formación”	182
	Establecimiento en Roma del gobierno central ...	188
9.	Irradiación mundial.....	199
	El Occidente europeo	207
	Los países americanos	211
	Nairobi, Ashiya y Sídney	216
10.	Actuación individual en la sociedad	221
	Apostolado de “amistad y confianza”.....	225
	Libertad y responsabilidad en la vida pública	227
11.	Actividades apostólicas institucionales.....	235
	Las obras corporativas.....	237
	Las obras comunes de apostolado	245
	Las sociedades auxiliares	251
	Oficina del apostolado de la opinión pública	256

IV. CONSOLIDACIÓN (1962-1975).....	259
12. Gobierno de una entidad global.....	263
Una fundación abierta	264
Los consejos centrales y los regionales.....	271
13. Labor formativa	286
Actividades de la obra de san Rafael	287
La instrucción académica de los numerarios	290
El cuidado profesional y familiar de la persona ...	295
Agregados y supernumerarios.....	303
Con el clero diocesano	310
14. Actividades colectivas	318
Estudios superiores.....	319
Colegios de primaria y secundaria	322
Centros de formación técnica y profesional.....	326
Desarrollo y final de las obras comunes	332
Soporte económico de las actividades	338
15. Evolución teológico-jurídica.....	344
Una situación anómala	345
El mensaje del Opus Dei en el Concilio Vaticano II.....	350
El Congreso General Especial	353
16. Una herencia en tiempos posconciliares.....	362
Medidas doctrinales y litúrgicas	365
Actuación personal en la vida civil	375
Últimos proyectos, escritos y viajes.....	392
V. LA SUCESIÓN DEL FUNDADOR (1975-1994).....	399
17. Una nueva mano en el arado.....	403
El “Padre” en el Opus Dei.....	404
Gobierno	408
Escritos y viajes pastorales	412
Relaciones con Juan Pablo II.....	418
18. El itinerario jurídico	424
El proceso de constitución de la prelatura personal	424
Primeros pasos de la nueva figura	440

19. Crecimiento.....	447
Evolución numérica.....	447
Nuevos países.....	451
20. Sembrar doctrina.....	456
Cooperadores y gente joven.....	456
Formación de las personas de la Obra.....	459
El clero diocesano.....	465
21. Actividades apostólicas.....	470
Educación.....	473
Actividades sociales.....	479
22. En la opinión pública.....	485
España. El caso Rumasa.....	487
Gran Bretaña. Intervención del cardenal Hume... ..	490
Alemania. El Opus Dei acude a los tribunales.....	491
Italia. Una investigación parlamentaria.....	493
23. La beatificación del fundador.....	495
La causa de canonización.....	496
Controversias.....	502
VI. LA TERCERA GENERACIÓN (1994-2016).....	509
24. Gobierno central y regional.....	513
Un prelado preparado por el fundador.....	514
Consejos centrales.....	519
Evolución de las circunscripciones y nuevos países.....	531
Implantación de la prelatura personal.....	536
Causas de canonización y estudios sobre el Opus Dei.....	540
25. Actividad formativa.....	549
Formación de la juventud.....	549
En la obra de san Gabriel.....	555
Numerarios, numerarias auxiliares y agregados.....	558
Entre el clero secular.....	563

26. Iniciativas de apostolado colectivo.....	566
Enseñanza superior	568
Enseñanza primaria y secundaria	576
Centros profesionales y técnicos	580
Apostolado en la opinión pública.....	585
27. “Un mar sin orillas”. Acción individual	
en la sociedad	593
Gente corriente.....	596
En el ámbito de la enseñanza	605
Voluntariado y desarrollo social.....	608
Familia, vida y bioética	615
Cultura, moda, arte y comunicación	620
CAMINO DEL CENTENARIO	627
NOTAS	631
ÍNDICE DE NOMBRES	687

INTRODUCCIÓN

EL OPUS DEI ES UNA MANIFESTACIÓN del vivir cristiano, una forma de encarnación y de irradiación del Evangelio*. Les recuerda a personas de todas las condiciones, credos y culturas que Dios las llama a ser hijos suyos —santos y apóstoles— en medio del mundo, en el entramado de las actividades laborales, familiares y de interacción social. Esta misión tiene un componente carismático que conduce a su origen. Su fundador, Josemaría Escrivá de Balaguer, se sintió interpelado por Dios para transmitir un mensaje espiritual y universal que engarzaba con los primeros cristianos y que expresaba la vitalidad de la Iglesia†.

* Escrivá de Balaguer usó la expresión “Opus Dei” a partir de los años cuarenta del siglo pasado, cuando tuvo que traducir al latín sus primeros estatutos. Hasta entonces, se había referido a “la Obra de Dios” o, sencillamente, “la Obra”, en español. Utilizamos indistintamente una denominación u otra.

† El fundador del Opus Dei fue bautizado como José María Julián Mariano. En sus manuscritos, ya desde los años treinta del siglo XX, y en sus papeles con membrete a partir de diciembre de 1963, unió sus dos primeros nombres en uno, “Josemaría”, por devoción a la Sagrada Familia; como los juntó desde fecha muy temprana, usaremos “Josemaría” en nuestro libro. Con respecto al primer apellido, en octubre de 1940 la familia modificó en el registro civil “Escrivá” por “Escrivá de Balaguer” (Balaguer es la región de Lérida de donde procedía el linaje de los Escrivá) para distinguirse de otras ramas familiares, pues en ocasiones les habían confundido. Desde entonces, san Josemaría usó pocas veces el segundo apellido, Albás, en sus publicaciones. Para evitar anacronismos, utilizamos “Escrivá” en la parte I de este libro y “Escrivá de Balaguer” en el resto. Por su parte, Álvaro Portillo y Díez de Sollano añadió la contracción “del” a su primer apellido a partir de 1939. Cf. Nota general, 104/63, en AGP, serie E.1.3, 243-3; José

Nuestro libro narra el nacimiento y desarrollo inicial del Opus Dei bajo la guía del fundador y de sus dos primeros sucesores, Álvaro del Portillo y Javier Echevarría. Durante ese periodo, que va de 1928 a 2016, y al que añadimos un breve epílogo para el último lustro, la Obra se asentó en países de los cinco continentes con distintas idiosincrasias culturales, sociales y políticas; fijó su posición jurídica en la Iglesia mediante la figura de la prelatura personal; celebró la canonización de Josemaría Escrivá de Balaguer y las beatificaciones de Álvaro del Portillo, su sucesor, y de una fiel laica, Guadalupe Ortiz de Landáuzuri; e impulsó actividades corporativas de impacto educativo, sanitario y de desarrollo social.

El objeto histórico de esta monografía es el análisis de la expansión del mensaje del Opus Dei en la Iglesia y en la sociedad a través de la institución y de las personas que pertenecen a ella o que participan de sus apostolados. Aplicamos una metodología histórica que tiene en cuenta aspectos complejos: el salto de una realidad que nace en la España de los años veinte del siglo pasado, y que reúne a un grupo pequeño de miembros, a la presencia en todos los continentes con 93 000 integrantes y 175 000 cooperadores; el origen carismático, con unos elementos esenciales, que configuran su mensaje y espiritualidad, y otros accesorios, algunos constitutivos y otros accidentales; la necesidad de acudir a explicaciones y razonamientos de carácter teológico y jurídico; las continuidades y discontinuidades con las formas de espiritualidad tradicionales y modernas; la peculiar evolución en la etapa fundacional y la que se da después; y las controversias creadas en el imaginario colectivo sobre el Opus Dei y su fundador. Como los autores pertenecemos al Opus Dei, nuestro estudio refleja también la autocomprensión de las personas de la Obra sobre su identidad, vida ascética y explicación de la doctrina. Desde este punto de vista, estamos convencidos –y somos conscientes de que hacemos una

Luis GONZÁLEZ GULLÓN, *DYA. La Academia y Residencia en la historia del Opus Dei (1933-1939)*, Rialp, Madrid 2016, 4.^a ed., p. 11.

afirmación que supera la ciencia histórica— que el origen carismático del Opus Dei manifiesta la presencia de lo divino en la vida de los hombres.

La investigación sobre el Opus Dei exige una precisa metodología, propia de la historia religiosa, porque contiene aspectos intangibles relacionados con el misterio de la Iglesia. Sus propuestas hacen referencia a Dios, a la relación del hombre con la divinidad y a una visión del mundo como ámbito de contacto entre lo temporal y lo sagrado. Y quienes comparten las enseñanzas de la Obra son hombres y mujeres que sustentan su pensamiento, sus formas de oración y su relación con los demás en un mensaje que aúna lo humano y lo religioso.

Entre las características específicas del espíritu del Opus Dei, glosamos algunas que aparecerán a lo largo del libro: el hecho de que los fieles de la Obra sean cristianos normales, la relación entre la actividad personal y la corporativa, la unidad y variedad de sus miembros, el sacerdocio y el laicado, los hombres y las mujeres.

Cuando una persona recibe el bautismo se incorpora a la Iglesia y se hace partícipe de su misión de seguimiento de Jesucristo para propagar el Reino de Dios. El mero hecho de haber sido bautizado genera una posición en la Iglesia: la de fiel cristiano o, coloquialmente, la de *cristiano corriente*. Entre estos cristianos se cuentan las personas del Opus Dei, que procuran tomarse en serio su llamada a la santidad y al apostolado, pues intentan imitar las virtudes de Jesús, asisten a Misa diariamente, dedican tiempo a la oración, y les hablan de la bondad, belleza y amor de Dios a sus parientes, amigos y colegas. Estos modos de vivir no son especiales o extraordinarios sino una concreción, entre otras posibles, de la invitación de Jesús a seguirle.

En el derecho de la Iglesia, algunos hombres y mujeres adoptan una posición pública mediante la profesión de los consejos evangélicos de pobreza, obediencia y castidad y dan un testimonio público de oración y apostolado. Estas personas se

denominan habitualmente *consagrados**. En cambio, los fieles corrientes, los que no dan un testimonio oficial, buscan también la santidad y la difusión del Reino de Dios. En un sentido técnico, propio de la teología y del derecho canónico, estos fieles y los presbíteros diocesanos son *seculares*†. Es lo que ocurre con los laicos y sacerdotes del Opus Dei: encuentran su camino para ser santos en las vicisitudes de su trabajo o su oficio y en la convivencia con otros.

El Opus Dei presenta una componente institucional que ocupa buena parte de nuestra investigación. Haremos referencia a los datos demográficos y las estadísticas, las formas de gobierno central, regional y local, la explicación colectiva del mensaje de la Obra, las actividades corporativas, la unidad orgánica de sus miembros dentro de una precisa estructura jerárquica eclesial, y la urdimbre formativa y evangelizadora que inspira la mentalidad y la actuación de decenas de miles de hombres y de mujeres‡.

* Con alguna frecuencia distinguiremos en la monografía entre los cristianos *seculares* y los *consagrados*, denominados *religiosos* antes de 1983 (en este sentido, no nos referimos a la acepción genérica de *religioso* como creyente en Dios). De modo breve, recordamos que, cuando el Opus Dei fue fundado, religioso designaba a la persona que pertenecía a las órdenes y congregaciones religiosas: «El estado religioso o forma estable de vida en común» era el propio de quienes, «además de los preceptos comunes, profesan los consejos evangélicos mediante los votos de obediencia, castidad y pobreza» (*Codex Iuris Canonici*, 1917, canon 487; la traducción de los textos de otros idiomas es nuestra). Hoy día existen *institutos de vida consagrada* —entre estos se encuentran los institutos seculares— en los que sus miembros profesan los consejos evangélicos, y *sociedades de vida apostólica*, que tienen vida fraterna en común y se atienen a unas constituciones, pero no hacen votos (cf. *Código de Derecho Canónico*, 1983, cánones 573-746).

† A diferencia del significado que se le da en la Iglesia, *secular* en el lenguaje moderno suele hacer referencia a las realidades y formas de vida que no están relacionadas con valores espirituales y religiosos. Nos parece que las enseñanzas de Josemaría Escrivá presentan un modo de vida secular que unen, en el pensamiento y la actuación, el ámbito sagrado y el profano. Cf. Ana Marta GONZÁLEZ, “Mundo y condición humana en san Josemaría Escrivá. Claves cristianas para una filosofía de las ciencias sociales”, *Romana* 65 (VII-XII-2017) 368-390.

‡ Los datos demográficos y estadísticos que se conservan en el Archivo General de la Prelatura del Opus Dei son bastante parciales hasta los años ochenta

A la vez, la más importante irradiación de la llamada a la santidad en medio del mundo la realiza cada miembro y cada cooperador de la Obra de modo capilar en su propio ambiente profesional y familiar. Como consecuencia, la vida –y, por tanto, la historia– de la mayoría de las personas del Opus Dei ni es institucional ni se desarrolla en *espacios institucionales*. No es fácil medir esta actuación personal. Ahora bien, hace falta analizarla para conocer el impacto real del Opus Dei en la Iglesia y en la sociedad civil. El capítulo 27 ofrece una propuesta metodológica sobre este aspecto esencial.

El Opus Dei está organizado en dos secciones: una de hombres y otra de mujeres. Las dos están unidas en la cabeza, es decir, en el prelado del Opus Dei y sus vicarios en las distintas circunscripciones. En cambio, están separadas en el régimen de gobierno, en las actividades colectivas –por ejemplo, la formación espiritual de las personas, también de las casadas– y en la gestión económica. Esta configuración hace necesario el estudio simultáneo de la acción de las personas de una y otra sección en cada lugar y tiempo, de modo que se dé el espacio necesario a cada una, de acuerdo con sus características comunes y peculiares. También tendremos en cuenta elementos singulares como el sacerdocio entre los hombres, algunas formas de cuidado de la persona en el hogar entre las mujeres, el hecho de que la mayoría de sus miembros estén casados y la positiva evolución en el liderazgo, igualdad y complementariedad de la mujer en la sociedad.

del siglo xx. Se debe a que el registro de los fieles de la Obra y de los cooperadores no estaba centralizado; se encontraba en manos de los organismos de gobierno regional de los diversos países. Cada cinco años, las regiones enviaban un recuento a los consejos centrales, en particular cuando se celebraba un congreso general del Opus Dei. A partir de 1987, los directores de la Obra facilitaron a la Santa Sede el número total de miembros para que fuese publicado en el *Anuario Pontificio*. Por entonces, la mejora de los sistemas informáticos ayudó a elaborar estadísticas centralizadas y más ajustadas. Las cifras demográficas que aportamos en este libro provienen fundamentalmente de las actas de los congresos generales del Opus Dei y del archivo de la secretaría general de la Obra.

Con respecto a la presencia del sacerdocio y del laicado en el Opus Dei, analizaremos cómo surgió y se desarrolló la cooperación orgánica entre los dos, reflejo de la estructura ordinaria de la Iglesia —enraizada en el binomio constitucional entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común—; y, junto con la naturaleza institucional y jerárquica, aparecerá la índole familiar y comunitaria de la Obra. También observaremos que, desde el punto de vista demográfico, organizativo y de alcance del mensaje, la historia del Opus Dei es, mayoritariamente, un fenómeno laical.

Este libro tiene su origen en un curso sobre la vida del fundador del Opus Dei que impartió José Luis González Gullón en la Universidad Pontificia de la Santa Cruz (Roma) en el año académico 2016-2017. Mientras preparaba las clases surgió la idea de transformar los apuntes en un libro que condensara la historia de la institución fundada por Escrivá. En ese momento, John Coverdale se unió al proyecto. Después vino un largo proceso de búsqueda de fuentes y de encuentros en las dos ciudades donde residimos —Nueva York y Roma—, además de algunos viajes a regiones en las que el Opus Dei se ha expandido más, como Argentina, España, Filipinas y México. Luego, González Gullón redactó la historia del Opus Dei durante los años de Josemaría Escrivá y de Javier Echevarría, y Coverdale compuso el periodo de Álvaro del Portillo. Los dos autores firmamos todo el libro porque cada uno hemos revisado con profundidad el texto del otro y lo hemos traducido a nuestro idioma materno. Con todo, el lector encontrará diferencias en el modo de plantear la historia, pues procedemos de escuelas distintas. Pensamos que esta variedad enriquece la investigación*.

La historiografía sobre el Opus Dei se ha interesado en particular por los temas relacionados con la historia social, cultural

* Las versiones española e inglesa de este libro no son una traducción literal. Las diferencias, aunque no sean muchas ni sustanciales, van más allá de lo que es habitual en una traducción. Consideramos que ambas versiones son originales, pues, al prepararlas, hemos incluido explicaciones que nos parecían necesarias o útiles para los lectores del idioma correspondiente.

y política como, por ejemplo, el papel que han desempeñado los miembros de la Obra en la vida pública española. Además, entre la muerte de Josemaría Escrivá de Balaguer (1975) y su canonización (2002), algunos miembros del Opus Dei publicaron semblanzas, recuerdos y biografías del fundador, en su mayoría con acentos hagiográficos. Y, desde la creación del Instituto Storico San Josemaría Escrivá (2001), han aparecido libros y artículos científicos y se han editado fuentes y biografías de personas del Opus Dei. Gran parte de estas investigaciones se ciñen a espacios concretos y utilizan cronologías que no superan las primeras tres décadas de la Obra.

Los aspectos espirituales del mensaje del Opus Dei —es el caso de la conciencia de la filiación divina, la santificación del trabajo, la unidad de vida del cristiano, el matrimonio como vocación humana y divina y el espíritu de servicio— se han ido desarrollando a lo largo de la historia de la Obra, tanto en su comprensión como en su explicación y puesta en práctica. Ahora bien, situar la continuidad y la novedad del carisma del Opus Dei en el contexto teológico, espiritual y canónico de los últimos cien años o su papel dentro de las diversas realidades que componen la Iglesia son tareas que van más allá del objeto de nuestro libro. En buena medida, quedan en manos de los especialistas en esas materias*.

Quizá la principal dificultad para contar con más aportes historiográficos sobre la Obra reside en el hecho de que el Archivo General de la Prelatura del Opus Dei (AGP) no está todavía abierto a la comunidad académica. En este sentido, agradecemos

* Desde el punto de vista teológico y canónico, dos libros fundamentales son, respectivamente, Pedro RODRÍGUEZ, Fernando OCÁRIZ y José Luis ILLANES, *El Opus Dei en la Iglesia*, Rialp, Madrid 2014, 6.ª ed.; y Amadeo de FUENMAYOR, Valentín GÓMEZ-IGLESIAS y José Luis ILLANES, *El itinerario jurídico del Opus Dei. Historia y defensa de un carisma*, EUNSA, Pamplona 1990, 4.ª ed. Sobre el Opus Dei dentro del contexto espiritual del siglo XX, mencionamos los tres volúmenes de Ernst BURKHART y Javier LÓPEZ, *Vida cotidiana y santidad en la enseñanza de san Josemaría. Estudio de teología espiritual*, Rialp, Madrid 2010-2013; y Antonio ARANDA, *El hecho teológico y pastoral del Opus Dei. una indagación en las fuentes fundamentales*, EUNSA, Pamplona 2020.

a Mons. Fernando Ocáriz, prelado del Opus Dei, que acogiera nuestra propuesta investigadora y nos diera acceso a la documentación. Al mismo tiempo, manifestamos nuestro deseo de que concluya el proceso de catalogación de los fondos, de modo que puedan acceder a ellos todos los investigadores interesados*.

AGP es el archivo más importante para quien desea conocer el Opus Dei. Custodia una enorme riqueza documental. En nuestro caso, hemos usado las fuentes primarias que, según nuestro parecer, eran esenciales a la hora de afrontar una historia general; por ejemplo, leímos las actas de los congresos generales, las visitas de los directores de la Obra a los organismos regionales, las notas de gobierno, los documentos sobre las principales actividades corporativas y muchos testimonios personales. La calidad y el volumen de estos materiales y la necesidad de no alargar más la extensión de nuestro libro nos hizo desistir de la consulta en otros archivos, salvo el Archivo Apostólico Vaticano (AAV), que tiene fondos disponibles hasta el año 1958. Para los sucesos de las últimas cinco décadas entrevistamos a doscientos hombres y mujeres de varios países.

Pese a la extensión de este libro, sugerimos que se haga una lectura unitaria porque, de este modo, se comprenderá la continuidad y progresión de los diversos aspectos que configuran el Opus Dei, como la formación, las actividades corporativas y la encarnación personal del mensaje de santidad.

Nuestra monografía está estructurada en seis grandes apartados cronológicos: cuatro dedicados a la etapa fundacional y dos a los años en los que Del Portillo y Echevarría gobernaron el Opus Dei, más un breve epílogo para el último lustro. En apretada síntesis, podemos decir que el Opus Dei siguió un

* Buena parte de las fuentes de AGP entre los años 1928 y 1975 están catalogadas. En estos casos, la signatura de los documentos comienza con la serie, seguida de tres números, que son, respectivamente, el legajo, la carpeta y el expediente. A partir de ese año, la documentación se encuentra en un archivo intermedio que, en el mejor de los casos, solo tiene series y legajos. Citaremos el material de acuerdo con las signaturas que nos ha proporcionado el personal de AGP.

desarrollo inicial hasta que, a los ocho años, se vio envuelto en dos grandes dramas colectivos como fueron la Guerra Civil española y, a continuación, la Segunda Guerra Mundial. En los años cuarenta, se extendió en España hasta que pudo salir de sus fronteras, primero a Europa y luego a América del Norte. Gracias a la aprobación pontificia del Opus Dei en 1950, la Obra se propagó a casi todos los países de América, unos pocos de África y Asia, y comenzó importantes acciones corporativas en el ámbito de la educación. Los sesenta fueron testigos de la multiplicación de actividades y la más extensa exposición del espíritu por parte del fundador en tiempos conciliares y de crisis posconciliar. Tras la muerte de Escrivá de Balaguer, Del Portillo asumió la responsabilidad de seguir adelante con el espíritu fundacional y afrontar nuevos retos, como la culminación del itinerario jurídico, con la figura de la prelatura personal, la beatificación del fundador y la inserción de la Obra en países con minorías cristianas. Con Javier Echevarría llegó un tiempo de transformación social marcado por la era tecnológica, que condujo a los miembros del Opus Dei a buscar más caminos con los que irradiar su espiritualidad en la Iglesia y en el mundo.

La evolución institucional puede resultar un tanto repetitiva porque hay una marcada continuidad: el mensaje del Opus Dei es el mismo y los modos de actuación son iguales en su sustancia, las estructuras básicas del gobierno y de la formación en los años cuarenta del siglo pasado permanecen hoy y la relación con las autoridades eclesiásticas y otras instituciones están tan presentes en los albores como en la actualidad. Para dar cohesión al libro y facilitar la tarea de los lectores que busquen temas específicos procuramos explicar los conceptos una vez y agregamos notas que remiten a los lugares donde se tratan los mismos argumentos. Por tratarse de una historia general, no ofrecemos al final un elenco bibliográfico que, además, sería a todas luces incompleto*. Las notas se encuentran al final de la monografía,

* Salvo excepciones, hemos optado por citar solamente la bibliografía que hace referencia directa a la historia del Opus Dei. El *website* "Biblioteca Virtual

salvo las de esta introducción y las explicativas, que van a pie de página. Cierra el libro un índice onomástico y temático.

Damos las gracias a José Antonio Araña, Eduardo Baura, Rafael Domingo Oslé, Joseluís González, Andrew Hegarty, Marlies Kücking, Javier Marrodán, Juan Manuel Mora, Santiago de Pablo Contreras, Pablo Pérez López, Joseba Louzao, José Manuel Martín Quemada, Stefan Moszoro, María Eugenia Ossandón, Antón M. Pazos, Ana Sánchez de la Nieta y Fernando Valenciano, que revisaron el manuscrito; a las personas que leyeron algunos capítulos y apartados; y a los dos centenares de historiadores, fieles del Opus Dei y cooperadores que entrevistamos. Los comentarios y sugerencias de unos y otros contribuyeron decisivamente a mejorar la narrativa del libro. Estamos especialmente agradecidos a Jesús Longares, maestro de historiadores, a Feliciano Montero (q.e.p.d.) y a Stanley Payne, que nos ayudaron a hacerle buenas preguntas al pasado para encontrar respuestas que agrandan el futuro.

Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei” ofrece una información bibliográfica exhaustiva y actualizada sobre el fundador de la Obra, sus sucesores, los miembros del Opus Dei y las actividades institucionales (<https://www.unav.edu/web/centro-de-estudios-josemaria-escriva/biblioteca-virtual/index>).

PRECEDENTES

LA LLEGADA DE JOSEMARÍA ESCRIVÁ al mundo, en 1902, se produjo en plena *Belle Époque*, un periodo histórico de Europa occidental y de América del Norte que comenzó hacia 1880, una vez concluida la guerra franco-prusiana, y que duró hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1914. Esas cuatro décadas se caracterizaron por la prosperidad en los países desarrollados, con una economía sustentada por la industria, el constante aumento de la demografía urbana, los avances científicos y tecnológicos en diversos ámbitos —por ejemplo, la medicina, la radiotelefonía, la aeronáutica, la cinematografía— y el desarrollo de nuevas expresiones artísticas, como el impresionismo, el *Art Nouveau* y el cubismo.

El idealismo y el positivismo imperaban en el mundo académico, optimista con la idea de progreso y los adelantos científicos y tecnológicos. La confianza en las capacidades del hombre impregnaba también la vida de las naciones. Las grandes potencias incrementaban la expansión colonial con el deseo de llevar su dominio a todo el orbe, beneficiándose de las materias primas de esos países.

En Occidente, el paso de las sociedades rurales a las industriales llevó consigo un brusco cambio social. Las paradojas de los diversos sistemas liberales se transformaron en desigualdades

y confrontaciones. Y, en parte como reacción, el pensamiento y la acción del socialismo, del comunismo y del anarquismo crecieron exponencialmente.

Por entonces, España buscaba de algún modo su propia identidad. La pérdida de las posesiones de Filipinas, Cuba y Puerto Rico en el llamado *desastre de 1898* había demostrado que el país ya no era una potencia en el concierto de las naciones. Además, la monarquía constitucional instaurada en 1874 –la Restauración– presentaba signos de cansancio y de desorientación política. La alternancia de Gobierno entre los liberales y los conservadores, basada en el caciquismo, tenía sus días contados debido al crecimiento de los partidos de masas. Por este motivo, no fueron adelante los proyectos regeneracionistas del conservador Antonio Maura, ni los intentos de mejora del liberal José Canalejas, asesinado por un anarquista en 1912. A la necesidad de renovación política y social se unieron otras dificultades, como los miles de soldados que murieron en la guerra contra las tribus rifeñas de Marruecos (1911-1927) y los conflictos sociales, alimentados por el intenso éxodo rural a las grandes ciudades y las ideologías revolucionarias.

Los diecinueve millones de españoles vivían un lento despertar al mundo contemporáneo. El 70 % residían en zona rural, el 63 % eran analfabetos y la tasa de mortalidad infantil superaba el 1,5 %. En cambio, crecían las zonas urbanas, aumentaba la clase media y se prolongaba la esperanza de vida para los adultos, que rondaba los cincuenta años.

España era un país confesional. A principios del siglo XX, la mayoría de la población estaba bautizada y recibía la doctrina católica en los templos y escuelas. 33 000 sacerdotes diocesanos, 12 000 religiosos y 42 000 monjas daban una fuerte presencia institucional a la Iglesia en el territorio nacional, desde las grandes ciudades hasta los pueblos más remotos. El 25 % de la educación primaria y el 80 % de la secundaria estaba en manos de instituciones religiosas.

La Iglesia tenía también un proyecto regeneracionista para España de acuerdo con la tradición católica. El cristianismo estaba

arraigado en la vida social, con una religiosidad que padecía a veces el clericalismo y la falta de reflexión personal. De acuerdo con la enseñanza de la Iglesia y con la herencia cultural recibida, la mentalidad tradicionalista, favorable al Estado confesional, era mayoritaria entre los católicos. Por eso, aplaudieron las condenas del Papa Pío X (1903-1914) al modernismo, postura intelectual que entendía la fe como un pensamiento inmanente.

LA LLAMADA

Josemaría Escrivá Albás nació en Barbastro, Huesca, el 9 de enero de 1902. Su padre se llamaba José Escrivá Corzán y había nacido en Fonz, Huesca, en 1867; el linaje procedía de Balaguer (Lérida). Su madre se llamaba Dolores Albás Blanc y era barbastrina, con antepasados en Aínsa (Huesca). La pareja se había casado cuatro años antes, en 1898, y residía en la calle Mayor de Barbastro, en una casa alquilada que hacía ángulo a la Plaza del Mercado. En 1899 les había nacido la primogénita, Carmen¹.

Barbastro tenía siete mil habitantes. A pesar de su escaso número, era una sede episcopal desde hacía ocho siglos. La economía de la ciudad giraba en torno a diversas actividades agrícolas, como el cereal y la producción de vino y aceite. Los comerciantes y pequeños empresarios convivían con los empleados y jornaleros. Había tendencias políticas de diverso género, desde las carlistas –tradicionalistas y partidarios del Antiguo Régimen– hasta las republicanas y las socialistas. En los círculos recreativos y culturales dominaba el pensamiento liberal, sin que hubiese graves conflictos políticos o sociales.

A finales del siglo XIX, José Escrivá y otros dos socios crearon una empresa dedicada al comercio de tejidos y a la venta de chocolate. En 1902, un socio se retiró con el compromiso de no abrir un negocio del mismo tipo en Barbastro. José Escrivá estableció una nueva sociedad llamada Juncosa y Escrivá. En un primer momento, esta actividad empresarial dio buenos resultados y la familia Escrivá disfrutó de una posición relativamente

acomodada. De acuerdo con los usos de la época, cuatro personas atendían el servicio de la casa. José Escrivá vivía la solidaridad cristiana con las limosnas que entregaba a personas menesterosas, la colaboración económica con el Centro Católico de la ciudad y la organización de conferencias religiosas para sus empleados.

A los cuatro días de su nacimiento, Josemaría fue bautizado en la catedral de Barbastro, que era su parroquia. Poco después –el 23 de abril– recibió la confirmación. Cuando tenía dos años, sufrió una meningitis aguda. Desahuciado por los médicos, su madre rezó una novena a Nuestra Señora del Sagrado Corazón y le prometió que, si el niño se curaba, iría en peregrinación a la ermita dedicada a Nuestra Señora de Torreciudad, a veinte kilómetros de Barbastro. El pequeño sanó y su madre lo llevó en brazos hasta aquella capilla, como agradecimiento.

En los años siguientes llegaron al hogar tres niñas: María Asunción, Chon, en 1905; María de los Dolores, Lolita, en 1907; y María del Rosario, en 1909. Tristemente, la mortalidad infantil se llevó a una detrás de otra. Rosario falleció con nueve meses de edad, en 1910; Lolita con cinco años, en 1912; y Chon con ocho, en 1913.

A pesar de estas duras contrariedades, la mayor parte de la infancia de Josemaría fue normal y alegre, de progresiva apertura a la sociedad y al mundo. La familia Escrivá estaba unida. De sus padres aprendió a vivir en libertad y responsabilidad, y virtudes como la laboriosidad y el orden. También le enseñaron a rezar con una piedad sencilla².

Entre 1905 y 1908, Josemaría asistió a un parvulario regentado por las Hijas de la Caridad de san Vicente de Paúl; y de 1908 a 1915 fue alumno de un colegio de los Padres Escolapios. En 1912 –año en el que comenzaba su educación secundaria– recibió la primera comunión en la escuela, beneficiándose de la disposición de Pío X para que los niños comulgaran al llegar al uso de razón. Cuando recibió la Eucaristía, Josemaría pidió la gracia de no cometer nunca un pecado grave.

Debido a la coyuntura económica del momento y a que el antiguo socio no había cumplido el compromiso de no hacer competencia, la sociedad Juncosa y Escrivá entró en crisis. Juan Juncosa y José Escrivá demandaron a aquella persona. El Juzgado de primera instancia de Barbastro falló a favor de la empresa en 1910. Como consecuencia de una apelación, la sala de lo civil de la Audiencia Territorial de Zaragoza también dio una sentencia favorable a Juncosa y Escrivá, aunque rebajó la indemnización a que tenía derecho. La sociedad –que estaba en fase de liquidación por haber terminado su periodo social– presentó un recurso de casación. En mayo de 1913, el Tribunal Supremo rechazó el recurso y obligó a pagar los costes del pleito. Juncosa y Escrivá quebró y, en consecuencia, cedió el activo social a una comisión de acreedores. En 1915, otra sentencia del Tribunal Supremo falló a favor de un pleito presentado por algunos acreedores. El negocio se canceló definitivamente³.

Como el patrimonio social de la empresa no alcanzaba para resarcir las deudas, José Escrivá pagó a los acreedores con su capital familiar. No estaba obligado legalmente, pero pensó en conciencia que debía hacerlo. Esta resolución fue respaldada por su mujer; en cambio, otros parientes políticos no la entendieron, pues, con esta medida, la familia Escrivá Albás quedaba arruinada. Tuvo que prescindir de las personas que trabajaban en el servicio de la casa y comenzó a pasar estrecheces. Josemaría sufrió una crisis interior porque esas dificultades económicas se unían al dolor por la temprana muerte de sus hermanas y a su entrada en la adolescencia. La serena resignación cristiana de sus padres le ayudó a mantener la confianza en Dios y la esperanza en el futuro.

En marzo de 1915, José Escrivá encontró trabajo de dependiente en La Gran Ciudad de Londres, una tienda de tejidos de Logroño. Después del verano de ese año, trasladó a la familia a la capital riojana, ciudad entonces de 24 000 habitantes. Los Escrivá Albás afrontaron las incomodidades propias del cambio de localidad y de la inicial ausencia de amistades. Carmen se matriculó en Magisterio, carrera que acabaría en 1921. Y

Josemaría siguió adelante con los estudios de bachillerato en el Instituto General y Técnico de Logroño; por las mañanas acudía al instituto y por las tardes iba al colegio de San Antonio de Padua, donde estudiaba y recibía clases complementarias, como era habitual en la época.

A finales de 1917 o inicios de 1918, después de un día de intensa nevada en la ciudad, se produjo un hecho que cambió la vida de Josemaría. «De repente, a la vista de unos religiosos carmelitas, descalzos sobre la nieve»⁴, se preguntó: «Si otros hacen tantos sacrificios por Dios y por el prójimo, ¿no voy a ser yo capaz de ofrecerle algo?»⁵. Entonces, le vino el pensamiento de ser sacerdote, algo que hasta ese momento consideraba que no era para él.

Acudió a la dirección espiritual con un carmelita, el padre José Miguel de la Virgen del Carmen. Decidió entonces incrementar la práctica cristiana, que —en sus propias palabras— le condujo «a la comunión diaria, a la purificación, a la confesión... y a la penitencia»⁶. Dos o tres meses más tarde, el religioso le planteó que formara parte de la orden carmelitana. Josemaría Escrivá lo meditó con calma y llegó a la conclusión de que su camino se encontraba en el sacerdocio secular.

Debido al origen de su vocación, rechazó la idea de ser presbítero para tener un puesto fijo en la estructura diocesana: «Aquello no era lo que Dios me pedía, y yo me daba cuenta: no quería ser sacerdote para ser sacerdote, el *cura*, que dicen en España. Yo tenía veneración al sacerdote, pero no quería para mí un sacerdocio así»⁷. En su interior sentía una llamada distinta, cierta e indeterminada al mismo tiempo. Más tarde calificó esas mociones interiores de *barruntos*, es decir, presentimientos de que Dios le convocaba a una misión que iba unida al sacerdocio. En palabras suyas, «yo no sabía lo que Dios quería de mí, pero era, evidentemente, una elección»⁸. En este sentido, ser sacerdote se le presentaba como un elemento necesario y, a la vez, insuficiente para aclarar los barruntos: «¿Por qué me hice sacerdote? Porque creí que era más fácil cumplir una voluntad de Dios, que no conocía»⁹.

Intensificó entonces la plegaria de petición —«las luces no venían pero, evidentemente, rezar era el camino»—, pues estaba «persuadido de que Dios *me quería para algo*»¹⁰. Con frecuencia, recitaba dos breves frases en latín con las que rogaba conocer los designios de Dios: *Domine, ut videam!* (¡Señor, que vea!); *Domine, ut sit!* (¡Señor, que sea!).

Cuando le comunicó a su padre que quería entrar en el seminario, José Escrivá quiso cerciorarse: «¿Has pensado en el sacrificio que supone la vocación de sacerdote?». Josemaría le respondió: «Solo he pensado, lo mismo que tú cuando te casaste, en el Amor»¹¹. Al verlo firme, su padre se conmovió hasta las lágrimas «porque tenía otros planes posibles, pero no se rebeló»¹². Únicamente le aconsejó que, además de la Teología, hiciera la carrera de Derecho —hasta ese momento, habían pensado que Josemaría podía ser arquitecto, abogado o médico—, que era compatible con los estudios eclesiásticos.

En el verano de 1918, Josemaría acabó el bachillerato con buenas calificaciones. Estudió Filosofía con un profesor particular en los meses del estío y, ya en noviembre, ingresó en el seminario de Logroño. Durante los siguientes dos cursos académicos superó las asignaturas del primer año de Teología y participó en una catequesis los domingos por la mañana. Sus compañeros le recordaban «responsable, buen estudiante, alegre, amable con todos, un tanto reservado y piadoso»¹³.

En la España de aquellos años, los hijos varones se encargaban de sacar adelante la propia familia. Josemaría pensó que en su casa necesitaban otro varón y rezó por esta intención. En ese momento, José Escrivá tenía 51 años y Dolores Albás 41. Hacía nueve años que no venían hijos. El 28 de febrero de 1919 —diez meses después de que Josemaría hubiese comentado la vocación sacerdotal con su padre— nació Santiago. Este suceso impresionó a Josemaría. Entendió que también estaba relacionado con los barruntos y la llamada al sacerdocio: «Mi madre me llamó para comunicarme: Vas a tener otro hermano. Con aquello toqué con las manos la gracia de Dios; vi una manifestación de Nuestro Señor. No lo esperaba»¹⁴.

SACERDOTE Y JURISTA

Josemaría Escrivá se trasladó a Zaragoza en septiembre de 1920 para continuar sus estudios eclesiásticos¹⁵. La capital de Aragón rondaba los ciento cincuenta mil habitantes y tenía una creciente actividad agrícola e industrial. Josemaría fue allí para seguir el consejo de su padre –Zaragoza contaba con una Facultad de Derecho– y para acabar la carrera eclesiástica en la universidad pontificia, en vez de ir a la localidad de Calahorra para finalizar la Teología, como era habitual entre los seminaristas riojanos. Además, de este modo viviría cerca de sus tíos Carlos Albás, que era canónigo de la catedral de Zaragoza, y Mauricio Albás, que estaba casado.

Carlos Albás facilitó las gestiones para que su sobrino entrara en el seminario de San Francisco de Paula, donde le concedieron media beca. Desde el primer día de clase, el joven acudió a la Universidad Pontificia de San Valero y San Braulio y recibió la formación tradicional propia del momento. En cambio, para estudiar bien ambas disciplinas, postergó el inicio de la carrera de Derecho hasta que inició el quinto curso de Teología, en 1923.

Josemaría Escrivá mantenía el convencimiento de que Dios le llamaba a algo que vendría en el futuro. Por su misma naturaleza, los barruntos resultaban claros en algunos aspectos y borrosos en otros. Como dijo después, «seguía viendo, pero sin precisar qué es lo que quería el Señor: veía que el Señor quería algo de mí. Yo pedía, y seguía pidiendo». Siempre que le era posible, acudía a la capilla de la Virgen del Pilar para solicitar el conocimiento de la voluntad de Dios. Empleaba una jaculatoria semejante a la que usaba ante Dios: *Domina, ut sit!* (¡Señora, que sea!); y reforzaba su súplica con frases del Evangelio que a veces decía en voz alta o incluso cantaba: «*Ignem veni mittere in terram et quid volo nisi ut accendantur?*»; he venido a poner fuego a la tierra, ¿y qué quiero sino que arda? Y la contestación: *Ecce ego quia vocasti me!*, aquí estoy, porque me has llamado»¹⁶.

En coincidencia con la llegada a la capital aragonesa, desde 1920 se sintió «impulsado a escribir, sin orden ni concierto», en

«notas sueltas», sin ilación clara, diversas mociones y sucesos de su vida espiritual. A algunas de esas intuiciones, en las que advertía la providencia de Dios, las denominaba gracias «operativas, porque de tal manera dominaban mi voluntad —decía— que casi no tenía que hacer esfuerzo». Eran ideas confusas; a veces incluso apuntaban hacia una nueva fundación, pero sin nada concreto. En cambio, el fundamento de esos barruntos era patente: una profunda vida espiritual en la que se sentía en íntima relación con Dios, «algo tan hermoso como enamorarse». Años más tarde, condensaría esta etapa de su vida con las siguientes palabras: «Comencé a barruntar el Amor, a darme cuenta de que el corazón me pedía algo grande y que fuese amor». Y, como fruto de ese arrebató interior, se le acrecentaba el deseo de rezar y de cumplir la voluntad de Dios: «Verdaderamente, el Señor dilató mi corazón, haciéndolo capaz de amar, de arrepentirse, de servir, aun a pesar de mis errores»¹⁷.

Las incomprendiones con el rector y con un inspector del seminario y los modales de algunos seminaristas le llevaron a pensar que se había «equivocado de camino»¹⁸. En el verano de 1921 Josemaría buscó la dirección espiritual de un sacerdote en Logroño que, al advertir que tenía las disposiciones adecuadas, le animó a seguir adelante. El joven se decidió y, un año más tarde, en septiembre de 1922, recibió la tonsura —que le incorporaba oficialmente al estado clerical— y fue nombrado inspector del seminario por el arzobispo de Zaragoza, el cardenal Juan Soldevilla.

En 1923, terminado el cuarto año de Teología, Josemaría comenzó la carrera de Derecho, como alumno libre, en la Universidad de Zaragoza. Se trataba de una pequeña facultad —331 alumnos—, con profesores de prestigio. Una vez que concluyó el quinto año de Teología, en junio de 1924, acudió a las clases de la Facultad de Derecho. Estos estudios, que iban en detrimento de *hacer carrera* en la diócesis, disgustaron a su tío Carlos, que quería que Josemaría opositara a algún puesto eclesiástico lo antes posible. El joven, en cambio, «consideraba que los estudios universitarios le permitirían estar más disponible para el cumplimiento de la voluntad divina»¹⁹. En este sentido, quizá

pensó que la titulación en Derecho formaba parte de los barruntos que sentía; más adelante, la formación jurídica recibida le ayudaría a buscar caminos para situar al Opus Dei dentro del ordenamiento canónico de la Iglesia.

El 14 de junio de 1924 recibió el subdiaconado. Cinco meses después, el 27 de noviembre, su padre falleció repentinamente en Logroño y Josemaría quedó como cabeza de familia. Decidió entonces trasladar a los suyos a Zaragoza. La mudanza dio lugar a un fuerte enfrentamiento con su tío. Si, años antes, Carlos Albás no había entendido las resoluciones que adoptó su cuñado José Escrivá cuando quebró la empresa, ahora no deseaba que su hermana y sus sobrinos residieran en Zaragoza porque se hallaban en franca penuria. Le parecía más oportuno que Josemaría se ordenase presbítero y que se situara en la diócesis; después, podría reencontrarse con la familia. Pero como el sobrino no siguió el consejo, sobrevino la ruptura.

El 20 de diciembre de 1924, Miguel de los Santos Díaz Gómara, obispo auxiliar de Zaragoza, confirió el diaconado a Josemaría; y el 28 de marzo de 1925 lo ordenó sacerdote. A los dos días, Josemaría celebró la primera Misa en la santa capilla de El Pilar en sufragio por su padre. Solo asistieron su madre, hermanos, unos primos, la familia de un profesor amigo y pocos invitados más; en cambio, no estuvieron presentes ninguno de sus tres tíos sacerdotes (uno era de la familia Escrivá, Teodoro, y dos de la familia Albás, Carlos y Vicente). Al acabar la Misa, el joven presbítero se retiró a la sacristía. Después de desvestirse de las ropas litúrgicas, se echó a llorar con el recuerdo de su padre y de los problemas que sufría la familia.

Luego pasó un mes y medio en Perdiguera, un pequeño pueblo de la provincia. Allí dio sus primeros pasos pastorales en la administración de los sacramentos y en el acompañamiento espiritual de los feligreses. Cuando regresó a Zaragoza, la curia diocesana no le otorgó un nombramiento para trabajar en la pastoral ordinaria como, por ejemplo, en una parroquia. Escrivá consiguió un puesto de capellán en la iglesia de San Pedro Nolasco, regentada por los jesuitas. Este cargo le exigía celebrar

la Misa y dedicar un tiempo al confesonario. El resto del día lo empleaba en las clases y el estudio de las asignaturas de Derecho.

La relación con el mundo académico le resultó enriquecedora. Josemaría Escrivá mostraba una mentalidad laical poco común entre el clero. Por ejemplo, en los intervalos entre una lección y otra no se reunía solo con sacerdotes o seminaristas, sino que buscaba dialogar con los estudiantes laicos; no pedía privilegios a la hora de hacer los exámenes o de asistir a clase; y tampoco *sermoneaba* cuando hablaba con los demás. Por eso, algunos compañeros le cobraron aprecio y le confiaron asuntos personales.

En su actividad ministerial tuvo relación con universitarios de las Congregaciones Marianas, dirigidas por los jesuitas para formar católicos selectos. Además, junto con unos cuantos jóvenes, los domingos enseñó la doctrina cristiana a niños de familias indigentes del barrio de Casablanca, en la periferia de Zaragoza. El contacto con los necesitados incrementó su deseo de servir a los demás con el sacerdocio.

Desde hacía tiempo —de modo particular desde la muerte de su padre—, tenía la idea de hacer el doctorado en Derecho y de ocupar una cátedra universitaria. Quería llevar la doctrina cristiana al ámbito académico porque, cuando contemplaba a sus colegas de facultad, los veía «un poco como “ovejas sin pastor”». Además, y de acuerdo con un sacerdote y profesor amigo, el catedrático José Pou de Foxá, necesitaba abrirse camino fuera de Zaragoza, pues, debido a las dificultades con su tío, allí «no tenía campo»²⁰. Hacia septiembre de 1926, Josemaría viajó a Madrid para informarse sobre los estudios de doctorado. Cuando regresó a Zaragoza dio clases de repaso de Derecho Romano, Canónico, Historia del Derecho y Derecho Natural en el Instituto Amado para sostener a su familia.

En enero de 1927 se licenció en Derecho. A los dos meses, solicitó el traslado del expediente académico a Madrid para iniciar el doctorado en la Universidad Central. Y, después de una breve sustitución a un sacerdote en Fombuena (Zaragoza), Josemaría dejó la capital aragonesa²¹.

I

FUNDACIÓN Y PRIMEROS AÑOS (1928-1939)

EL TRATADO DE VERSALLES AL FINAL de la Primera Guerra Mundial cambio la geopolítica internacional. Los vencedores de la contienda —entre otros, Reino Unido, Francia y Estados Unidos— declararon culpables a Alemania y a sus aliados y les impusieron la desmilitarización. Aunque crearon la Sociedad de Naciones para mediar en las disputas internacionales, vetaron el ingreso de Alemania. Mientras tanto, la revolución bolchevique de 1917 derrocó el régimen zarista en Rusia y dio paso a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, un Estado oficialmente comunista. Dirigida primero por Vladimir Lenin y después por Iósif Stalin, la Unión Soviética estableció una férrea dictadura del proletariado, que se llevó por delante la vida de millones de rusos y, más adelante, de otros pueblos.

Los países occidentales con sistemas democráticos vivieron los *felices años veinte* como un tiempo de progreso científico, crecimiento económico —basado en la industria y el sector de servicios—, auge de grandes metrópolis en Estados Unidos y Europa, difusión masiva de la radio y del teléfono y, entre personas pudientes, del automóvil y los primeros viajes comerciales en avión. Los deportistas y los actores de cine —los nuevos referentes de los medios de comunicación— transformaron los modos de vida.

La prosperidad económica se quebró en octubre de 1929 por una masiva caída del mercado de valores en la Bolsa de Nueva York. La crisis posterior —la Gran Depresión— afectó también a Europa. Solo en la segunda mitad de los años treinta, Franklin Roosevelt, presidente de Estados Unidos, pudo dinamizar de nuevo la economía y la sociedad con una forma de intervencionismo estatal que denominó *New Deal*.

En 1922, Benito Mussolini fue nombrado primer ministro de Italia y comenzó a constituir el régimen fascista; en 1933, Adolf Hitler impulsó el nacionalsocialismo alemán. Estos totalitarismos produjeron una profunda crisis en la democracia liberal en el continente europeo. En 1938, y ante el estupor internacional, Alemania anexionó Austria y la región checoslovaca de los Sudetes. Después, firmó un pacto de no agresión con otro Estado totalitario, la Unión Soviética. En Oriente, Japón invadió China en 1937 y dio lugar a un conflicto militar de gran envergadura entre los dos países. La amenaza de un nuevo conflicto mundial se cernía sobre el orbe.

Durante esta época, se sucedieron tres sistemas políticos en España. La dictadura del general Miguel Primo de Rivera se inició en 1923 con el apoyo del rey Alfonso XIII y fracasó en 1930 porque no consiguió renovar la vida política y social. La falta de libertad provocó un fuerte movimiento de reacción contra la monarquía. El 14 de abril de 1931 se proclamó la Segunda República española. Desde muy pronto, el nuevo sistema constitucional se vio desbordado por la falta de acuerdos políticos, la intolerancia y la violencia creciente. En julio de 1936, algunos generales del ejército dieron un golpe de Estado. La sublevación militar triunfó solo en media España y dio paso a tres años de dura guerra civil que consumió al país. Al acabar el conflicto en abril de 1939, el general vencedor —Francisco Franco— estableció un régimen autoritario personal.

El Papa de estas décadas fue Pío XI, que había sido elegido como sumo pontífice en 1922. Manejó la diplomacia vaticana con sus secretarios de Estado, Pietro Gasparri y Eugenio Pacelli, sucesivamente. Llegó a un acuerdo con Mussolini en

los Pactos Lateranenses de 1929, que reconocían a la Ciudad del Vaticano como Estado soberano y establecían relaciones diplomáticas con la Italia fascista. Criticó, con acentos diversos, las ideologías dominantes. En marzo de 1937 publicó dos encíclicas que condenaban el totalitarismo nacionalsocialista alemán, el comunista soviético y el gobierno revolucionario mexicano. El Papa siguió atentamente el devenir de la represión católica en la guerra cristera mexicana (1926-1929) y en la Guerra Civil española (1936-1939). Intentó sostener a los fieles que estaban en unos bandos y otros; por ejemplo, solo reconoció el régimen de Franco en mayo de 1938, cuando era evidente que ganaría el conflicto armado.

El lema del pontificado de Pío XI (1922-1939) fue *Pax Christi in regno Christi* (La paz de Cristo en el Reino de Cristo): la instauración de una sociedad cristiana en el mundo moderno. Publicó numerosas encíclicas de carácter social y moral. De modo particular, impulsó la Acción Católica, definida como la participación de los seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia. Frente a un proceso acelerado de secularización, el Papa convocó a los laicos para que, de manera centralizada, colaborasen en la implantación de un orden social con raíces cristianas. Dirigidos por los obispos, los seglares llevarían el Evangelio a los ambientes sociales y laborales en los que no estaba presente el clero.

1

La fundación de la Obra

JOSEMARÍA ESCRIVÁ LLEGÓ A MADRID el 20 de abril de 1927. Se matriculó en los cursos de doctorado de la Facultad de Derecho de la Universidad Central y se alojó en la Casa Sacerdotal para presbíteros extradiocesanos. Esta residencia estaba regentada por las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón de Jesús, una nueva congregación religiosa. Un mes más tarde, la fundadora de las Apostólicas le ofreció una capellanía de la iglesia del Patronato de Enfermos, sede central de las religiosas y lugar de diversas actividades benéficas. El 1 de junio, don Josemaría comenzó su trabajo pastoral, que consistía en la celebración de la Misa, la exposición de la Eucaristía, la atención del confesonario y, por la tarde, el rezo del rosario y la bendición con el Santísimo Sacramento. Además, los fines de semana estaba disponible para confesar a los niños de las escuelas promovidas por las Apostólicas para familias necesitadas. Y, aunque no formase parte de sus obligaciones como capellán, visitaba con frecuencia a enfermos de escasos recursos en sus domicilios para llevarles la Comunión e impartirles la reconciliación sacramental.

Cinco meses más tarde, Escrivá alquiló un apartamento para vivir con su madre y sus hermanos. Urgido por la necesidad de mantener económicamente a su familia, consiguió un puesto de profesor de Derecho Romano y de Canónico en

la Academia Cicuéndez, un centro privado de enseñanza que preparaba el ingreso en la Facultad de Derecho y reforzaba la explicación de algunas asignaturas. El sacerdote impartió clase dos tardes a la semana al menos hasta 1931¹.

EL HECHO FUNDACIONAL ORIGINARIO

El 30 de septiembre de 1928, Josemaría Escrivá acudió al convento de los paúles –situado en el extrarradio norte de Madrid– para hacer unos ejercicios espirituales junto con otros seis sacerdotes. El martes 2 de octubre, después de celebrar la Misa, se retiró a su habitación y se puso a leer unos papeles en los que había anotado ideas y sucesos que consideraba inspirados por Dios y que formaban parte de los barruntos. De repente, «quiso Jesús que se comenzara a dar *forma concreta* a su Obra»²: recopiló «con alguna unidad las notas sueltas, que hasta entonces venía tomando»³ y «*se dio cuenta* de la hermosa y pesada carga que el Señor, en su bondad inexplicable, había puesto sobre sus espaldas»*. ¿Qué ocurrió en ese momento de gran intensidad?

El joven sacerdote explicó después que había recibido una gracia de carácter sobrenatural, una «iluminación *sobre toda la Obra*»⁴, una «idea clara general de mi misión»⁵ que abría un «panorama apostólico inmenso»⁶. Conmovido porque acababa «de ver claramente la Voluntad de Dios»⁷ por la que había rezado tanto, se arrodilló y dio gracias. Entonces, escuchó el sonido de las campanas de la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles, que llamaba a los fieles a Misa; más adelante, consideró este evento como una muestra de la intercesión de Santa María y de los ángeles en el momento fundacional.

* *Apuntes íntimos*, n.º 306 (2-X-1931; mientras no se indique lo contrario, todas las cursivas de los textos citados se encuentran en el original). No tenemos notas de 1928 porque el primer cuaderno de *Apuntes íntimos* que se conserva comienza en marzo de 1930. Cf. Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Camino* (edición crítico-histórica), Rialp, Madrid 2004, 3.^a ed., p. 19.

No se conserva un texto explicativo o normativo sobre el contenido de la visión original del Opus Dei. Tal vez Escrivá no quiso encerrar en un relato único una luz de tipo sobrenatural y prefirió explicarla a lo largo de su vida. Al menos de palabra y por escrito dijo que había recibido el núcleo de una enseñanza, abierta a un desarrollo posterior, que contenía dos dimensiones inseparables: un mensaje y una institución.

Por una parte, Josemaría Escrivá se sintió depositario de un mensaje cristiano que entrañaba una misión: proclamar la llamada universal a la santidad en el ámbito secular. Con palabras suyas de años más tarde, debía «promover entre personas de todas las clases de la sociedad el deseo de la perfección cristiana en medio del mundo»*. Este carisma estaba destinado a cualquier lugar, época y cultura; y se dirigía en su plenitud a los cristianos corrientes —laicos y sacerdotes seculares—, convocados a descubrir en las realidades humanas y temporales un camino que conduce a la plenitud cristiana.

Por otra parte, entendió que debía existir una institución donde sus miembros encarnaran y expandieran el mensaje. La compondrían varones, laicos y presbíteros seculares, que serían una muchedumbre con el tiempo. Todos estarían unidos por un mismo sentido vocacional y de pertenencia a una familia espiritual, harían algunas prácticas de piedad cristiana y se esforzarían por buscar la santidad y vivir el apostolado cristiano en el propio contexto profesional, familiar y social.

La iluminación fundacional quedó impresa en la cabeza y en el corazón de Escrivá. Habló sobre ella a lo largo de su vida con la certeza que posee quien ha sido testigo de un suceso. Algo semejante le ocurrió más tarde con otros auxilios recibidos, que

* Josemaría ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer* (edición crítico-histórica), Rialp, Madrid 2012, n.º 24 (entrevista realizada en 1967). Escrivá explicó durante su vida que Dios llama a todos los bautizados a la santidad. El sitio que cada uno ocupa en el mundo no modifica, aumenta o disminuye la cualidad de la vocación: «La santidad no es cosa para privilegiados, sino que pueden ser divinos todos los caminos de la tierra, todos los estados, todas las profesiones, todas las tareas honestas» (*Ibidem*, n.º 26).

completaron el mensaje fundacional. Los denominó *gracias tumbativas*, pues consideraba que la acción de Dios en su interior era tan evidente como inesperada⁸.

DESARROLLO INICIAL

De acuerdo con una anotación de Josemaría Escrivá, el 2 de octubre de 1928 «comienza la vida de gestación, nonnata, pero activísima del Opus Dei»; y, a la vez, «*se terminan las primeras inspiraciones*». Vinieron después trece meses de «silencio del Señor», «sin que Jesús hablara»⁹. En ese tiempo, Escrivá se dedicó a rezar a Dios. También acudió a la intercesión de Mercedes Reyna, dama apostólica que había fallecido con fama de santidad en enero de 1929 y que él había tenido ocasión de conocer. Y pidió a los pobres, enfermos y moribundos que atendía en su actividad pastoral que rezaran y ofrecieran a Dios sus dolencias por una intención suya.

En lo que hace referencia al mensaje recibido, la llamada universal a la santidad o perfección estaba presente en la teología y en el magisterio del momento; en 1923, por ejemplo, Pío XI había escrito en la encíclica *Rerum omnium* que «tender a la santidad de vida» era una «ley que nos obliga a todos sin excepción»*. En el caso de Escrivá, la originalidad del anuncio estribaba en que lo había acogido de forma carismática, es decir, que lo consideraba un don de Dios y no un fruto de reflexión

* Pío XI, encíclica *Rerum omnium*, en AAS 15 (1923) 50. A finales del siglo XIX y principios del XX, hubo intelectuales e instituciones de la Iglesia que renovaron la teología y despertaron la conciencia cristiana. Entre los temas que abordaron figuran los estudios sobre la Biblia y los Padres de la Iglesia, la renovación litúrgica, la investigación sobre el ser y el obrar de la Iglesia y la misión de los sacerdotes seculares y de los laicos. La llamada que tienen todos los cristianos para buscar la santidad –tema que ya se encontraba en algunos autores espirituales, como san Francisco de Sales (1567-1622)– renació en este periodo entre los especialistas de ascética y mística, como Adolphe-Alfred Tanqueray, Otto Zimmermann o Crisógono de Jesús Sacramentado (cf. Vicente BOSCH, *Llamados a ser santos. Historia contemporánea de una doctrina*, Palabra, Madrid 2008, pp. 33-65).

personal; que se dirigía de modo eminente al ámbito secular de la Iglesia, a las personas inmersas en la vida común; y que lo transmitía una institución en la que sus miembros trataban de encarnar el mensaje de santidad para, después, difundirlo a una gran muchedumbre de gente común.

Con respecto a la institución, don Josemaría consideró que quizá existía alguna con los mismos fines. En sus palabras, tuvo «la aparente humildad de pensar que podría haber en el mundo cosas que no se diferenciaban de lo que Él me pedía». Adoptó esta actitud —luego pidió perdón a sus hijos espirituales por lo que consideraba una lentitud inicial— porque el Opus Dei no era idea suya y porque no deseaba ser fundador: «Con una falsa humildad, mientras trabajaba buscando las primeras almas, las primeras vocaciones, y las formaba, decía: “Hay demasiadas fundaciones, ¿para qué otras más? ¿Acaso no encontraré en el mundo, hecho ya, esto que quiere el Señor? Si lo hay, mejor es ir allí, a ser soldado de filas, que no fundar, que puede ser soberbia”»¹⁰.

Escrivá se informó sobre diversas realidades eclesiales en las que sus miembros vivían una entrega completa a Dios, sin formar una congregación religiosa tradicional, y en las que se desarrollaban actividades con laicos y sacerdotes seculares. Las pesquisas mostraron que no existía algo semejante a lo que había acogido en su corazón: unas veces encontraba diferencias de carácter institucional —por ejemplo, la presencia de mujeres— y otras se topaba con desigualdades con respecto al mensaje¹¹.

Con todo, en junio de 1929 admitió al primer seguidor. José (Pepe) Romeo era un estudiante que preparaba el ingreso en la Escuela de Arquitectura de Madrid, aunque vivía por entonces en Zaragoza. Ese mes se encontraba en Madrid para examinarse. Un día, Escrivá le explicó la Obra y Romeo se mostró disponible para acompañarle. De manera semejante, seis meses más tarde, en torno a la Navidad, Norberto Rodríguez —sacerdote diocesano de Astorga y capellán segundo del Patronato de Enfermos— solicitó a Escrivá que le dejara seguirle¹².

En noviembre de 1929 se renovó «aquella corriente espiritual de divina inspiración, para la O. [Obra] de D. [Dios],

perfilándose, determinándose lo que Él quería...». A partir de ese momento —como apuntó Escrivá—, «empieza otra vez la ayuda especial, muy concreta, del Señor y voy tomando notas»¹³. Estas nuevas mociones interiores ayudaban al sacerdote a desarrollar la luz originaria, que había resultado clara solamente en su núcleo.

El 14 de febrero de 1930 sucedió otro acontecimiento fundacional decisivo. Don Josemaría celebró la Misa en la casa de la madre de la fundadora de las Damas Apostólicas. Después de la Comunión, entendió que también debía haber mujeres en la institución. En palabras suyas, «no puedo decir *que vi*, pero sí que *intelectualmente*, con detalle (después yo añadí otras cosas, al desarrollar *la visión intelectual*), cogí lo que había de ser la Sección femenina del Opus Dei». Además, comprendió que no debía seguir buscando lo que había visto en octubre de 1928. Dios le llamaba a abrir un nuevo camino en la Iglesia: «Era preciso fundar, sin duda alguna»¹⁴, como explicó más adelante al recordar esta fecha. De este modo, asumió el encargo de iniciar una nueva institución de la Iglesia que quedaba configurada como una realidad eclesial con una cabeza única —el fundador— y dos secciones, una de hombres y otra de mujeres, ambas con actividades equiparadas en orden a la irradiación del mensaje.

Meses más tarde, dio nombre a la institución. Fue gracias a su director espiritual, el jesuita Valentín Sánchez Ruiz, con el que se confesó desde julio de 1930. Un día, Sánchez Ruiz le preguntó cómo iba «esa obra de Dios», pues «obra» era un nombre genérico con el que se designaba por entonces a cualquier actividad pastoral o apostólica. Escrivá consideró que ese era el nombre que podía aplicarse a una realidad que, por haber sido inspirada, era con propiedad «Obra de Dios»^{*}.

^{*} Cf. *Apuntes íntimos*, n.º 1868 (14-VI-1948). Escrivá empezó a utilizar la traducción latina de Obra de Dios —Opus Dei— después de la Guerra Civil española, cuando tuvo que presentar unos estatutos al obispo de Madrid-Alcalá. En cambio, no aceptó que las personas de la Obra fuesen designadas por un apelativo —como pasa habitualmente con los miembros de las congregaciones religiosas— porque eran seculares, ciudadanos como los demás en la sociedad civil.

Hasta entonces, Josemaría Escrivá apuntaba en papeles sueltos consideraciones de carácter espiritual. A mediados de 1930, transcribió en dos cuadernos algo más de doscientas cincuenta notas. En la siguiente década siguió la costumbre de redactar más cuadernos, hasta escribir un total de nueve, a los que denominó *Apuntes íntimos* o *Catalinas*, por devoción a la santa de Siena; se conservan todos excepto el primero, que quemó porque había recogido alguna gracia extraordinaria y no quería que le tuviesen por santo. En estos escritos, Escrivá anotó asuntos espirituales, reflexiones sobre el trato con Dios y con personas conocidas, proyectos de estructuras jurídicas acordes con el derecho y la vida de la Iglesia, y aspectos del espíritu, fines y actividades del Opus Dei.

Sirviéndose de frases provenientes de la tradición cristiana, Josemaría Escrivá anotó los fines de la Obra de Dios, exclusivamente espirituales: dar a Dios toda la gloria (*Deo omnis gloria*), santificarse y colaborar en la Iglesia a la salvación de los hombres (*Omnes cum Petro ad Iesum per Mariam*) y hacer que Cristo impere, con efectivo reinado, en la sociedad (*Regnare Christum volumus*). Su mirada se ensanchaba con el pensamiento de la actividad que realizaría el Opus Dei, «un ser con entraña divina, que dará a Dios toda la gloria y afirmará su reinado para siempre», con un despliegue universal y eficaz: «Llegará pronto la Pentecostés de la Obra de Dios... y el mundo todo oírán en todas sus lenguas las aclamaciones delirantes de los soldados del Gran Rey: —*Regnare Christum volumus!*»¹⁵.

Sobre el espíritu o contenido esencial del Opus Dei señaló que podía expresarse mediante tres aspectos de la vida cristiana: la oración (*Oratio*), la mortificación y la penitencia (*Expiatio*) y la acción apostólica (*Actio*), que conducen a moverse en el mundo bajo el lema «¡Dios y audacia!». A esta tríada añadió lo que definía como los amores de un hijo de Dios, que también eran un fin de la Obra: Jesús, María y el Papa¹⁶.

Respecto a la estructura jurídica que tendría la institución, revisó el derecho canónico de la Iglesia. No encontró una figura que uniese una donación plena a Dios con la secularidad

completa de sus miembros. Pensó en las órdenes militares, creadas en la época de las cruzadas para la atención y defensa de los peregrinos que iban a Tierra Santa, pero luego descartó esta solución. También consideró que la expresión canónica más oportuna para las dos secciones de la Obra podía ser la de una pia unión o asociación de fieles a la que se podría adherir una hermandad de sacerdotes seculares. Y, para reforzar la idea de que los miembros del Opus Dei eran fieles corrientes, señaló que trabajarían en instituciones civiles, que no usarían signos externos particulares, como insignias o hábitos, y que serían ciudadanos como los demás en la vida social¹⁷.

También en 1930 el fundador trazó unos esquemas organizativos. La Obra estaría compuesta por dos secciones, una para hombres y otra para mujeres, que se desarrollarían en paralelo, unidas por la cabeza. Añadió también los tipos de miembros que habría —solteros y casados, sacerdotes y laicos— y la formación que recibirían. Y, sobre las actividades de los fieles, indicó que su principal apostolado sería personal, es decir, que cada uno difundiría la doctrina de la llamada a la santidad en su lugar de trabajo y de relaciones sociales. A la vez, la Obra tendría actividades corporativas de carácter civil, dirigidas por profesionales y sujetas a la legislación de cada país. Se harían realidad mediante residencias, sanatorios, casas de retiro y en los ambientes sociales de los intelectuales, periodistas, médicos, industriales y empresarios del ocio¹⁸.

Ante tantas ideas y desarrollos, Escrivá pensaba que sus anotaciones eran como «un germen que se parecerá al ser completo, quizá, lo mismo que un huevo al arrogante pollo que saldrá de su cáscara». Según apuntó en el verano de 1930, «me asusto de ver lo que Dios hace: yo no pensé ¡nunca! en estas Obras que el Señor inspira, tal como van concretándose. Al principio, se ve claramente una idea vaga. Después es Él quien ha hecho de aquellas sombras desdibujadas algo preciso, determinado y viable. ¡Él! Para toda su gloria». Distinguía así entre los fines y el espíritu de la Obra —que habían quedado definidos en el momento fundacional— y la estructura

jurídica, el gobierno y la organización de los apostolados del Opus Dei, que se ajustarían con el tiempo y con la experiencia adquirida. La ausencia de soluciones para todos los asuntos particulares no le preocupaba demasiado porque pensaba que Dios le iluminaría «a su hora»¹⁹.

Josemaría Escrivá, que conocía el modo de vivir el Evangelio de otras instituciones de la Iglesia, adoptó términos y prácticas de devoción tradicionales. En lo que hace referencia a la naturaleza de la Obra, al tener un sustrato original, buscó sobre todo en su oración el modo de explicar la teología subyacente. A lo largo de su vida, siempre se sintió libre para cambiar el programa de actividades de piedad cristiana de los miembros del Opus Dei, modificar las expresiones que empleaba si adquirían otro valor semántico, reelaborar los modos con los que la Obra ofrecía formación cristiana y ajustar las formas de las actividades corporativas y personales.

También desde el principio rechazó ofertas para unir la Obra y sus actividades a otras instituciones de la Iglesia. El origen carismático del Opus Dei lo alejaba de una posible agrupación, copia o disolución en las demás realidades eclesiales. En caso contrario —pensaba—, la iluminación inicial se difuminaría.

NUEVAS LUCES Y PRIMEROS SEGUIDORES

Josemaría Escrivá consideró —y así se lo corroboró su confesor, el padre Sánchez Ruiz— que el Opus Dei debía dar sus primeros pasos en Madrid, ciudad que «ha sido mi Damasco, porque aquí se han caído las escamas de los ojos de mi alma» y, reconocía, donde «he recibido mi misión»²⁰. Por ese motivo, renovó los permisos de los obispos de Zaragoza y de Madrid-Alcalá para vivir en la capital española; dilató la finalización de los cursos de doctorado, que acabaría en 1935; siguió con la tesis doctoral, razón oficial por la que residía en Madrid; y buscó una ocupación pastoral más estable desde el punto de vista jurídico y económico (por ejemplo, hizo gestiones, aunque sin éxito, para

ser capellán castrense, opositar a canónigo o empezar la carrera diplomática).

Don Josemaría no poseía patrimonio, contactos influyentes o prestigio social. Era un sacerdote extradiocesano que se encontraba en Madrid por motivos académicos y que residía con su familia, escasa de recursos. Más tarde lo resumiría diciendo que tenía «veintiséis años, la gracia de Dios y buen humor»²¹. Estas palabras condensaban algunos elementos claves: una edad joven, que le permitía afrontar la difusión del mensaje a largo plazo, la conciencia de gozar de una ayuda particular de Dios y un carácter alegre que iba de la mano de un corazón magnánimo.

Escrivá habló de la Obra a las personas que le presentaban o que conocía en la dirección espiritual. Les mostraba un panorama evangelizador universal que consistía en llevar a Dios a la sociedad civil para transformarla desde dentro. Empezarían esta tarea hombres y mujeres corrientes que, mediante una constante vida de oración y de penitencia personal, proclamarían la verdad de Dios en las circunstancias ordinarias del trabajo, la familia y las relaciones sociales. Ante este planteamiento grandioso, solicitaba fe en que el *Opus Dei* era divino —«el Señor fundó su Obra», repetía—; y confianza en él por ser el testigo de «luces» e «inspiraciones» de índole sobrenatural. Por ejemplo, cuando un estudiante le dijo una vez que el planteamiento de la Obra resultaba hermoso pero que lo veía como un sueño irrealizable, el sacerdote respondió: «Mira, esto no es una invención mía, es una voz de Dios»²².

Aumentó de modo progresivo el número de personas con las que se relacionaba. Fomentó el trato con amigos de tiempos recientes o anteriores, como Isidoro Zorzano, con el que había estudiado en el instituto de Logroño y que en aquellas fechas trabajaba en Málaga, en los Ferrocarriles Andaluces. El 24 de agosto de 1930, Zorzano pasó por Madrid y se encontró en la calle con Escrivá. El fundador le explicó la Obra y Zorzano le pidió la admisión ese mismo día²³.

Con frecuencia, paseaba con José Romeo y sus amigos por la calle, o los acompañaba a El Sotanillo, una cafetería cercana

a la Puerta de Alcalá. En esos encuentros, el sacerdote conversaba sobre todo tipo de temas, a excepción de cuestiones políticas, sobre las que prefería no pronunciarse. Alguno de esos jóvenes, como Adolfo Gómez Ruiz, estudiante de Medicina, se incorporó a la Obra; lo mismo ocurrió con un pintor llamado José Muñoz Aycuens. También conoció a más sacerdotes diocesanos. Dos de ellos, Sebastián Cirac y Lino Veá-Murguía, le manifestaron su deseo de seguirle en la Obra. Y, en un sentido más amplio, se valió del mensaje de la Obra cuando habló con los obreros y menestrales que acudían a actividades doctrinales organizadas por el Patronato de Enfermos; por ejemplo, predicó en febrero de 1930 a trabajadores en una misión que tuvo lugar en la Capilla del Obispo, junto a la parroquia de San Andrés. Ya entonces ponderaba –como escribió más tarde– que la irradiación del Opus Dei era «una gran catequesis»²⁴.

Cuando consideraba que una persona podía entender y vivir el espíritu de la Obra, le invitaba a meditar si era ese su camino cristiano. Confiaba en que, si la Providencia le había confiado un carisma, también le daría las personas y los medios para sacarlo adelante. Al mismo tiempo, ponía todo el esfuerzo de que era capaz, comenzando por una oración y una mortificación intensas. En cambio, no hizo *actos promocionales* ni publicó explicaciones sobre el Opus Dei en revistas o periódicos católicos. Pensaba que el mensaje debía expandirse uno a uno, en conversaciones entre amigos. Según anotó, «la Obra crecía para dentro, nonnata, en gestación: solo había apostolado personal»²⁵.

Estas circunstancias de la fundación se cruzaron con el devenir de España. En abril de 1931, se proclamó la Segunda República y el rey Alfonso XIII se exilió para evitar una guerra civil. A las pocas semanas, el cardenal primado publicó una carta pastoral en la que criticaba la nueva forma de gobierno y su proyecto laicista. Como reacción, el 11 de mayo se produjo una *quemada de conventos*. Grupos de sindicalistas saquearon e incendiaron iglesias y conventos –en Madrid quemaron diez–, en su mayoría de religiosos. El propio Escrivá retiró aceleradamente la

Eucaristía de la capilla del Patronato de Enfermos y buscó una vivienda segura para su familia.

En esos meses, el fundador intentaba cambiar de actividad pastoral. Por un lado, necesitaba un trabajo sacerdotal que le permitiese dedicar tiempo al desarrollo del Opus Dei; por otro lado, no era oportuno que buscara mujeres para el Opus Dei en la atención del confesonario del Patronato de Enfermos, pues era la casa madre de las Damas Apostólicas. Además, había tenido un desencuentro con las superiores porque no le habían secundado en su intento de promover la causa de canonización de la religiosa Mercedes Reyna.

En el verano de 1931 halló una nueva ocupación pastoral. El monasterio de clausura de Agustinas Recoletas, que formaba parte del Patronato de Santa Isabel, necesitaba un capellán. El puesto era incierto desde el punto de vista jurídico y no llevaba anejo un sueldo, suprimido por la República. Pero le convenía a Escrivá porque pasaba a depender de la jurisdicción palatina —personas y propiedades de la antigua Corona, como el Patronato de Santa Isabel—, con más estabilidad para residir en Madrid y tiempo para desarrollar la fundación. El sacerdote aceptó la colocación, aunque con sufrimiento, pues su familia pasó necesidad durante los meses siguientes.

El fundador mantuvo la costumbre de visitar a enfermos para atenderles humana y espiritualmente. Se registró en una actividad de voluntariado en el Hospital Provincial de Madrid los domingos por la tarde y acudió —solo o acompañado por estudiantes y sacerdotes amigos— a otros hospitales. En cierto sentido, acababa una etapa de visitas a los domicilios de gente pobre y comenzaba otra de atención a pacientes en los hospitales. Como escribió de sí mismo, entre los enfermos se agrandaba su «corazón de sacerdote»²⁶. Además, les pedía oraciones y el ofrecimiento de sus males a Dios para que la Obra se abriera camino.

En este tiempo, el mundo interior de Escrivá crecía y la idea general sobre el Opus Dei se perfilaba. El 7 de agosto, mientras celebraba la Misa en el Patronato de Enfermos, tuvo una

comprensión nueva de las palabras de Jesucristo «cuando yo sea alzado sobre la tierra atraeré a todos hacia mí» (Jn 12, 32). Entendió que el cristiano se identifica con Cristo y lo hace presente en el mundo a través de las actividades que desempeña. Según un apunte de ese día, «comprendí –escribió– que serán los hombres y mujeres de Dios quienes levantarán la Cruz con las doctrinas de Cristo sobre el pináculo de toda actividad humana... Y vi triunfar al Señor, atrayendo a Sí todas las cosas». El trabajo aparecía de ese modo como la materia que santifican los «hombres y mujeres de Dios» y el instrumento con el que se santifican y santifican a los demás. Esta enseñanza se convirtió en una clave hermenéutica para comprender el espíritu del Opus Dei, que «se apoya, como en su quicio, en el trabajo ordinario, en el trabajo profesional ejercido en medio del mundo»²⁷.

Esos sucesos se entreveraban con la compleja situación política de España, que Escrivá sobrellevaba con pena por los ataques y críticas contra las personas e instituciones de la Iglesia. En octubre de 1931, las Cortes aprobaron los artículos de la nueva Constitución republicana que establecían un modelo de separación en el que las órdenes religiosas quedaban subordinadas al Estado y se les prohibía la enseñanza. Además, se disolvía la Compañía de Jesús, congregación que formaba a buena parte de las élites católicas del país.

En otoño de 1931, Josemaría Escrivá experimentó algunas inspiraciones de carácter fuertemente cristocéntrico. El 16 de octubre, mientras iba en un tranvía, sintió de repente «la acción del Señor, que hacía germinar en mi corazón y en mis labios, con la fuerza de algo imperiosamente necesario, esta tierna invocación: *Abba! Pater!*»²⁸. Durante un rato, perdió la noción de espacio y de tiempo porque se vio inundado de la alegría de ser y de saberse hijo de Dios. A partir de entonces, señaló que el fundamento del espíritu del Opus Dei es el profundo sentido de la filiación divina.

Fomentó el trato con el Amor Misericordioso –una forma particular de devoción al Sagrado Corazón de Jesús– y vivió el *camino de la infancia espiritual* que había admirado en la dama

apostólica Mercedes Reyna, quien tenía como lema «ocultarme y desaparecer»²⁹. Escrivá sentía la presencia paternal de Dios en su alma y se veía como un niño en sus manos. En este clima espiritual, un día de la novena a la Inmaculada de 1931 escribió de un tirón una obrita que tituló *Santo Rosario*. El escrito, de agradable factura literaria, invita al lector a acompañar al narrador en cada una de las escenas del rosario. La contemplación de Jesús, María, José y los demás personajes del Evangelio se vierte en frases de afecto y de propósitos de mejora en la vida cristiana. El fundador pasó el manuscrito a velógrafo —una multicopista casera— y lo distribuyó entre los que se acercaban a su apostolado³⁰.

En 1932, profundizó en el *Decenario al Espíritu Santo*, de Francisca Javiera del Valle, una mujer de condición humilde —había sido costurera— que escribió diversas meditaciones de gran hondura espiritual; además, hizo el propósito de leer la *Historia de un alma*, de santa Teresa de Lisieux. Cuando llegó el verano de aquel año, reunió algunas anotaciones suyas, entresacadas en su mayoría de los *Apuntes íntimos*, e hizo una tirada mecanografiada en forma de fascículo bajo el título de *Consideraciones espirituales*. La publicación estaba compuesta por 246 sentencias que deseaban conducir al lector como por un plano inclinado, de modo que se planteara el llamamiento que hace Dios y la respuesta del hombre³¹.

En ese curso académico 1931-1932, reunió y explicó el Opus Dei a pequeños grupos de estudiantes, en su mayoría amigos de José Romeo, a hombres de diversas profesiones u oficios manuales que atendían a enfermos en el Hospital Provincial, a mujeres —jóvenes profesionales unas y enfermas otras— que había conocido en la atención del confesonario de Santa Isabel, y a curas diocesanos con los que contactó personalmente o a través de Lino Veá-Murguía.

A partir del 22 de febrero de 1932, se reunió con los presbíteros todos los lunes para una actividad formativa. A la primera reunión acudieron cinco. El fundador deseaba que esos sacerdotes se identificaran con el espíritu de la Obra y le ayudaran

a transmitirlo a los laicos. En su mayoría, estos clérigos tenían una buena preparación espiritual, mostraban cierta preocupación social y no ejercían su ministerio en parroquias sino que eran capellanes de monjas o de hospitales. Por estas razones disponían de capacidades y de tiempo para atender las actividades pastorales y formativas del Opus Dei³².

Con las mujeres, don Josemaría encontró más dificultades. Al llegar al Patronato de Santa Isabel llevó la dirección espiritual de algunas jóvenes de la zona que se acercaron a su confesionario. Una de ellas, Carmen Cuervo, le pidió pertenecer a la Obra el 14 de febrero de 1932. Era una mujer con experiencia que había sacado una plaza de funcionaria del Estado y hablaba varios idiomas. El fundador le explicó paulatinamente el espíritu del Opus Dei. Confiaba en que, una vez que lo asimilara, sería un puntal para su difusión entre las mujeres. En los meses siguientes, solicitaron la admisión en la Obra dos enfermas crónicas —María Ignacia García Escobar y Antonia Sierra— y otras dos chicas del barrio de Santa Isabel, Modesta Cabeza y Hermógenes García. Después, otras tres más se incorporaron al Opus Dei. Cuervo, en cambio, se alejó del fundador por falta de asimilación del mensaje de la Obra, y García Escobar murió de tuberculosis³³.

En el verano de 1932, dos sucesos frenaron momentáneamente la difusión del Opus Dei. Por un lado, el sacerdote que parecía que comprendía mejor la Obra —José María Somoano— falleció el 16 de julio después de haber pasado tres días con fuertes dolores y vómitos. Las amenazas de muerte recibidas en los meses anteriores, y la virulencia de la enfermedad, apuntaban al envenenamiento por odio a la fe. Por otra parte, José Romeo y algunos amigos suyos —partidarios de la vuelta a una monarquía autoritaria, no parlamentaria— participaron en un intento de golpe de Estado, encabezado por el general Sanjurjo, el 10 de agosto. La mayoría fue a la cárcel o se exilió, por lo que don Josemaría —que no se había inmiscuido en esas actividades políticas— vio cómo se dispersaba el grupo de estudiantes que conocía³⁴.

Después de cuatro años, la fundación avanzaba con enorme dificultad. Escrivá no conseguía apoyos, medios económicos o un cierto número de personas que le siguieran. Pero, de acuerdo con su razonamiento, el éxito de una empresa sobrenatural no se medía con las mismas categorías que el de una iniciativa humana. Transmitía un mensaje cristiano con la conciencia de cumplir una voluntad de Dios, «un mandato imperativo de Cristo», según anotó. Y pensaba también que, de algún modo, los primeros pasos o el fracaso de la Obra dependían de su propia búsqueda de la santidad. Como le dijo al confesor, después de consultarle una exigente lista de mortificaciones corporales, «no dude en aprobar. —Mire que Dios me lo pide y, además, es menester que sea santo y padre, maestro y guía de santos»³⁵.

Puedes comprar el libro a través de la web de Rialp:

- En formato papel [**AQUÍ**]
- En formato digital [**AQUÍ**]